



Cuba 27

Im. Labielle,

Padre Lit.

MUJERES CÉLEBRES.

LA MERCADERA DE PERELADA.

LA MERCADERA DE PERALADA.

(LA MERCADERA.)

Quando los sentimientos se hacen despertar en un pueblo y mueven las fibras mas delicadas que guardan una relacion simpática con las ideas, no es raro ni inverosímil ver suscitados arranques extraordinarios. El mas apático sabe convertirse en animoso y decidido; el ser mas débil sabe violentar la flaqueza propia, y se trueca en fuerte.

El amor patrio ha dado ejemplos de lo que decimos; y entre ellos puede caberle un honroso y merecido lugar á la accion heróica de que vamos á ser narradores.

Reinaba en Aragon D. Pedro III, que si no fuese merecedor de gran renombre en la historia por sus altos hechos y no comunes proezas, lo seria por el simple mérito de no haber permitido que su ánimo se abatiese ni su corazon flaquease en medio del agitado mar de contrariedades que le combatian.

Los altivos aragoneses se unian y se juramentaban para la defensa comun de sus fueros, franquicias y libertades; Valencia primero, y Cataluña despues se hicieron imitadoras del ejemplo que Aragon les daba.

A las tempestades levantadas en el interior por los vasallos propios, unianse las grandes guerras de Sicilia é Italia, en donde sin embargo catalanes y aragoneses marcharon de victoria en victoria, ganando bien la imperecedera fama que de su nombre y de su valor dejaron.

Pero mas grave que todos estos confictos, fué la guerra que las

armas francesas le movieron en tierras de Cataluña; y decimos que fué mas grave, no solamente por el considerable tropel de gente que logró salvar la frontera en daño del Rey D. Pedro, sino tambien y mucho mas por la fuerza moral que la proteccion del Papa daba por compañera á los invasores.

El Sumo Pontífice, Martin IV, resentido de la ocupacion de la Sicilia, expidió á últimos de Marzo de 1283 una Bula, declarando al Rey D. Pedro, vasallo traidor y desleal á la Santa Sede, por negar á ésta el feudo y homenaje que el Rey D. Pedro II le habia reconocido en tiempos anteriores; y además le depuso del trono de Aragon, declaró excomulgadas las personas y entredichos y privados de los sacramentos de la Iglesia á los pueblos que le obedeciesen; relevó á los súbditos del juramento de fidelidad, y facultó á los príncipes cristianos para apoderarse de los citados reinos, reservándose empero la Santa Sede el derecho de disponer de ellos en favor de quien le pareciese.

En virtud de esta reserva consignada en la sentencia, el Papa ofreció la investidura de los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña al rey Felipe para cualquiera de sus hijos, hecha excepcion del primogénito: hizole donacion de los citados reinos en nombre de la Iglesia; dióle facultad para apoderarse de ellos por la fuerza de las armas, y al efecto le concedió por tres años el diezmo de todas las rentas eclesiásticas del reino.

El monarca elegido fué Cárlos de Valois, jóven de quince años de edad. Entraron pues los franceses en Cataluña, siendo imponente el aparato de su fuerza ¹.

No incumbe á nuestro propósito reseñar aquí las varias suertes

¹ Lafuente, en su *Historia de España*, tom. VI, pág. 171, describe la entrada de los franceses en los siguientes términos: «El ejército francés avanzó hácia el Rosellon entrando por la montaña y camino de Salces. Marchaba delante una muchedumbre de cerca de sesenta mil hombres, armados de palos y de piedras, gente menuda, forrageros, regateros y chalanes, á quienes se pagaba un tornés diario, escoltados por solos mil hombres de á caballo, y á quienes se enviaba los delanteros para que recibiesen los primeros golpes del enemigo. En el grueso del ejército, dividido en cinco cuerpos, venian el rey de Francia y sus dos hijos Felipe y Cárlos, que ambos se titulaban reyes de España, de Navarra el uno, de Aragon el otro; muchos principales barones y condes, y el cardenal legado con la bandera de S. Pedro, y seis mil soldados á sueldo de la Iglesia.»

que señalaron la marcha de los franceses; y bastará para el presente intento consignar que se dirigieron á Peralada ¹.

Los catalanes hicieron una muy osada salida contra el enemigo, y llevaron tan singular ventaja que pudieron replegarse á Peralada, causando al enemigo seiscientas bajas, sin haber perdido los catalanes, «mas que tres caballeros y hasta unos quince hombres.»

Despues de este hecho de armas, transcurrieron seis dias, durante los que debieron de menudear los encuentros personales y aislados, que ni aun alcanzaban á la categoria de escaramuzas. «De tal modo «se ejercitaban, dice Montaner ², que todos los dias hubierais visto «cerca de las barreras hacer torneos de caballeros y hombres de á pié, «causando maravilla á todo el mundo.»

En estas circunstancias hubo de ocurrir el hecho que nos proponemos narrar, habiendo sido su protagonista y verdadera heroína una esforzada muger del pueblo. No conocemos su nombre; las crónicas no lo citan, y merece menos excusa esta verdadera omision, por cuanto el cronista Montaner, natural de Peralada, siendo así, que

¹ Los cronistas catalanes refieren minuciosamente estos sucesos de aquella guerra; y ya que habremos de fijarnos de un modo especial en lo concerniente á Peralada, bien habrá de parecer que ayudemos con alguna ampliacion á formar concepto.

Ramon Montaner, celebrado autor de la *Crónica catalana*, refiere en el capítulo CXXXIII, como el rey de Francia, con todas sus fuerzas, se dirigió contra Peralada, y la sitió; y dice:

«Cuando hubo pasado toda la gente, y reunidos ya todos en San Quirza, adelantó la hueste en orden de batalla, como si hubiesen todos de combatir, y de tal suerte dispuestos y armados, marcharon directamente hácia Peralada, acampándose desde Garriguella á la Garriga, de aquí á Valguarnera, y de Valguarnera á Puyamilot. Así vinieron á ocupar todos aquella hermosa llanura que hay despues de Peralada, y de seguro que jamás, en tiempo alguno, pudo verse mejor lo que era la hueste del rey de Francia, como se veia desde la indicada villa, pues ni una sola tienda se escapaba á la vista, mirando desde los muros de Peralada. Viéndolos, pues, así todos el Señor rey de Aragon, levantó los ojos al cielo, y dijo:—Señor Dios verdadero, ¿qué es lo que veo delante de mí? Jamás hubiera creido que, en un dia, se hubiese podido reunir tanta gente en todo el mundo!—al propio tiempo, vió como entraban en el golfo de Rosas todas las embarcaciones, cuyo número era infinito, y dijo así mismo:—Plázcaos, Señor Dios verdadero, no desampararme; antes sea vuestra ayuda conmigo y con mis gentes!—Lo propio que hacia el Señor rey de Aragon, maravillándose de lo que veia, hacianlo tambien todos cuantos lo contemplaban; y hasta el mismo rey de Francia y los que iban con él, quedaban sumamente maravillados, por no haberse visto jamás reunidos de este modo, y en un llano como aquel, donde no hay ni un árbol tan siquiera, antes es todo tierra campa y de labranza; que tal es Peralada, pues de la una parte, llegando hasta la mitad de la villa, hay el llano de los campos de labranza, y de la otra hay los rios que pasan cerca de la huerta, la cual es digna de ser vista. No era ninguna maravilla ver allí congregada tanta multitud de gentes, pues habia mas de veinte mil caballos armados, á sueldo del rey de Francia y de la Iglesia, y mas de doscientos mil hombres de á pié, siendo mucha la gente que habia acudido para ganar las indulgencias, pues la habia de pena y culpa; así que, por tal razon, era sin fin la gente que allí habia.» (Version castellana por D. Antonio de Bofarull.)

² *Crónica catalana*, loco citato.